

Julio-Agosto de 2009

Las *Buenas Noticias*

REVISTA DE COMPRENSIÓN BÍBLICA

Cuando las naciones se derrumban

**Europa y la iglesia, Parte II: Todo camino llega a Roma
El perdón de Dios: ¿Qué requiere él de nosotros?**

Contenido

El perdón de Dios: ¿Qué requiere él de nosotros? 1

Nuestro amoroso Creador promete perdonar completamente nuestros pecados cuando cambiamos sinceramente y dejamos de cometerlos. ¿Cómo es que el arrepentimiento genuino y el perdón compasivo de Dios obran conjuntamente para asegurar nuestra salvación?

¿Cuál fue el propósito de la muerte de Cristo? 3

Millones de cristianos creen que Jesucristo murió por ellos. Pero ¿saben exactamente por qué? ¿Por qué fue indispensable la muerte de Jesucristo?

La resurrección de Jesucristo enseña el camino para los demás 6

¿Por qué el cristianismo moderno casi invariablemente representa a Jesús muerto en la cruz? ¿Será posible que muchos realmente no alcancen a captar la importancia de su resurrección y lo que ella significa para nosotros?

Cuando las naciones se derrumban 8

Con frecuencia, la caída de las naciones y los imperios es un proceso que toma varias generaciones. Sin embargo, en otras ocasiones es algo súbito y sucede de la noche a la mañana, dejando al mundo atónito. ¿Estamos a punto de ver otro colapso? ¿Les estamos prestando atención a las señales que cada vez son más alarmantes?

Europa y la iglesia, Parte II:

Todo camino llega a Roma 12

Hace dos mil años el Imperio Romano dominaba Europa, el Cercano Oriente y África del norte. El legado de su dominio se prolongaría por siglos, y hoy en día todavía se halla entre nosotros.

Bondad: El carácter de Dios y el potencial del hombre 14

El fruto espiritual de la bondad le permite al hombre pecador hacer el bien y ser bueno: bueno en el verdadero sentido de la palabra. La bondad, después de todo, es la esencia de la naturaleza de Dios.

¿Qué significa creer en Jesús? 16

Muchas personas afirman creer en Jesucristo, pero su creencia no concuerda con lo que enseña la Biblia. ¿Cómo puede usted saber si su fe en él es genuina?



Página 8



Página 6

Julio-Agosto de 2009 • Volumen 14, Número 4

Las Buenas Noticias es una publicación bimestral de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional, P.O. Box 541027, Cincinnati, Ohio 45254-1027, EE.UU.

Edición en inglés:

Director: Scott Ashley
Director de arte: Shaun Venish

Edición en español:

Director general: Leon Walker
Director: Donald Walls

Colaboradores especiales: Pablo Dimakis Santín,
María Mercedes de Hernández, Ralph D. Levy,
Blanca Roybal, Catalina Roig de Seiglie

Cuerpo editorial:

Jerold Aust, Roger Foster, Bruce Gore, Paul Kieffer,
Graemme Marshall, Melvin Rhodes, Tom Robinson,
John R. Schroeder, Richard Thompson, David Treybig, Lyle Welty

Consejo de Ancianos de la Iglesia de Dios Unida:

Scott Ashley, Bob Berendt, Aaron Dean, Bill Eddington,
Roy Holladay, Paul Kieffer, Clyde Kilough, Victor Kubik,
Darris McNeely, Melvin Rhodes, Richard Thompson, Robin Webber

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Suscripciones: Esta revista se envía *gratuitamente* a toda persona que la solicite. El precio de las suscripciones ha sido pagado por los miembros de la Iglesia de Dios Unida y otros colaboradores que voluntariamente contribuyen al respaldo de esta labor. Si desea obtener una suscripción gratuita, sólo tiene que solicitarla a la dirección más cercana a su domicilio o por medio de nuestro portal en Internet.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 751 • 8000 Bahía Blanca, B.A.

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Colombia: Apartado Aéreo 91727 • Bogotá, D.C.

Chile: Casilla 10384 • Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.org

El Salvador: Apartado Postal 2977 • 01101 San Salvador

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027
Sitios en Internet: www.IglesiaDeDiosUnida.org
www.LasBuenasNoticias.org

Guatemala: Apartado Postal 1064 • 01901 Guatemala

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua

México: Apartado Postal 4822 • Suc. Tec. • 64841 Monterrey, N.L.
Sitio en Internet: www.unidamexico.org

Perú: Apartado 18-0766 • Lima

El perdón de Dios: ¿Qué requiere él de nosotros?

Por John R. Schroeder

Nuestro amoroso Creador promete perdonar completamente nuestros pecados cuando cambiamos sinceramente y dejamos de cometerlos. ¿Cómo es que el arrepentimiento genuino y el perdón compasivo de Dios obran conjuntamente para asegurar nuestra salvación?

La Biblia describe al pecado como el enemigo mortal de toda la humanidad. La confusión y caos de nuestro mundo comprueban este fundamento bíblico. Sin embargo, la mayor parte de la humanidad permanece en un estado de negación. Nuestra naturaleza humana nos compele poderosamente a pecar.

Pero para recibir la dádiva de Dios de vida eterna, debemos renunciar por completo al pecado, tanto en las actitudes como en las intenciones. Transgredir su gran ley espiritual es como jugar con fuego, y tomarlo a la ligera nos pone en un grave riesgo. La Biblia dice claramente que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Dios nos conduce al verdadero arrepentimiento

El verdadero arrepentimiento es el primer paso fundamental en nuestra salida del pecado, y nos coloca firmemente en el camino hacia la vida eterna. Nuestros débiles esfuerzos humanos, sin embargo, no son suficientes.

Sin la ayuda y el respaldo de Dios, simplemente no podemos reconocer libre y voluntariamente, con pena y vergüenza, que hemos estado completamente equivocados al desafiar su gran ley espiritual y que de verdad queremos enmendar nuestros caminos.

El apóstol Pablo les planteó a los cristianos en Roma una pregunta fundamental: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4). De hecho, Dios es quien tiene que concedernos el arrepentimiento (ver Hechos 11:18; 2 Timoteo 2:25).

Al igual que el patriarca Job, antes de llegar a su doloroso arrepentimiento, muchos de nosotros nos aferramos obstinadamente a nuestra propia “justicia” ante Dios. Pero la Biblia la compara con “trapos de inmundicia” (Isaías 64:6).

Otro significativo pasaje bíblico

Escrito hace 2000 años, Hechos 2:38 es uno de los pasajes más cruciales de la Biblia.

El apóstol Pedro llegó al meollo de lo que Dios requiere de nosotros en su inspirado sermón en el día de Pentecostés. Les dijo a sus inculcados oyentes: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”.

Este pasaje nos muestra dos cosas vitales: que tanto nuestro arrepentimiento como el perdón compasivo de Dios son partes necesarias y complementarias del proceso de la salvación.

Ya que el arrepentimiento tiene que ocurrir antes del perdón, analicemos primero el arrepentimiento.

El arrepentimiento en acción

El libro de los Hechos abarca cerca de 30 años de historia de la iglesia primitiva, desde Jerusalén hasta Roma. En cierta forma, también registra el arrepentimiento del pueblo de Dios en el primer siglo.

Pablo, al igual que Pedro, continuamente predicaba acerca de la importancia del arrepentimiento. Él testificaba “a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Pablo enfatizaba que las promesas de volverse del pecado tenían que reflejarse claramente en buenas obras. Él dijo a los hombres y a las mujeres “que se arrepintieran y se convirtieran a Dios, y que demostraran su arrepentimiento con sus buenas obras” (Hechos 26:20, Nueva Versión Internacional). Anteriormente, Juan el bautista había exigido “frutos dignos de arrepentimiento” de sus oyentes (Lucas 3:8).

Pablo y Bernabé exhortaron a las personas de Listra diciéndoles: “. . . que dejen estas cosas sin valor y se vuelvan a Dios” (Hechos 14:15, NVI). Aquellos que están siendo llamados por Dios normalmente sienten

un fuerte deseo de avanzar y seguir adelante, dando los pasos que nuestro Creador requiere de nosotros.

Ser negligentes —haciendo caso omiso del claro mandamiento que Dios nos ha dado acerca de arrepentirnos y bautizarnos— ¡no nos lleva a ninguna parte! Tenemos que actuar conforme a la verdad que Dios nos ha revelado. Entonces nos bendecirá revelándonos más de su verdad y ayudándonos a seguirlo.

Continuar en el pecado es seguir una senda que nos llevará a un callejón sin salida. Muchas personas no entienden que Dios nos hace responsables de nuestros pensamientos y acciones que van en contra de su forma de vivir. ¡Tomamos muy a la ligera el pecado!



Continuar en el pecado es seguir una senda que nos llevará a un callejón sin salida. Muchas personas no entienden que Dios nos hace responsables de nuestros pensamientos y acciones que van en contra de su forma de vivir.

¿Qué sucede si pecamos después de la conversión?

Los cristianos, o aquellos que están pensando en el bautismo, deberían hacerse esta pregunta: ¿Qué ocurre si peco después de una conversión genuina?

El apóstol Juan nos da la respuesta: “Pero si andamos [los cristianos] en luz [practicamos el camino de vida de Dios], como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados [a Dios], él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiamos de toda maldad” (1 Juan 1:7-9).

Esto ciertamente no es un permiso para pecar (ver 1 Juan 2:1 y Judas 4), sino un reconocimiento franco de la humanidad incluso del cristiano más justo. Nuestra batalla y lucha contra el pecado es una tarea diaria a medida que nos esforzamos, con la ayuda de Dios, por vencer nuestras tendencias humanas (Hebreos 12:1; 1 Corintios 9:26-27).

El apóstol Pablo les dice a los cristianos: “. . . ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13). Como sucede con el arrepentimiento y el perdón, es parte de nuestra asociación con nuestro Creador y Padre en los cielos. **BN**

Dios toma en serio al pecado

Dios no considera al pecado como algo superficial, sin importancia. Lo toma *muy en serio* y detesta cualquier forma de transgresión de su ley.

Cuando el rey David transgredió dos de los Diez Mandamientos, el Creador le preguntó por medio de Natán el profeta: “¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra del Eterno, haciendo lo malo delante de sus ojos?” (2 Samuel 12:9). El turbado rey le respondió: “Pequé contra el Eterno” (v. 13).

Pero veamos la respuesta de Natán: “También el Eterno ha remitido tu pecado; no morirás” (v. 13). El arrepentimiento genuino de David está registrado detalladamente en el Salmo 51. Todo lector de *Las Buenas Noticias* debería, de vez en cuando, leer este salmo para aprender a reconocer la clase de corazón y de actitud que Dios quiere ver en nosotros.

El pecado de David había sido contra Dios, pero también afectó seriamente la vida de otras personas. Nuestro Creador aborrece el efecto que el pecado tiene en los seres humanos: les causa daño automática e inevitablemente a todos los que quedan atrapados por él. La ley espiritual de Dios es una ley que funciona en forma *automática*. Ningún ser humano tiene que darse cuenta de que usted está pecando. Si quebranta la ley de Dios, *tarde o temprano ésta lo quebrantará a usted*.

Pero en su misericordia Dios ha provisto una forma de salir del pecado, algo que le costó mucho. Cuando verdaderamente entendemos la grandeza de Dios —y empezamos a ver realmente cómo somos en comparación con nuestro Creador, como lo hizo Job— estamos empezando a caminar hacia un arrepentimiento genuino y verdadero.

Veamos lo que este antiguo patriarca dijo cuando Dios se le reveló personalmente: “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti . . . De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:2, 5-6).

El misericordioso y compasivo perdón de Dios

El rey David expresó la inmensa misericordia de Dios en el Salmo 103: “Bendice, alma mía, al Eterno, y bendiga todo mi ser su santo nombre . . . y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien *perdona todas tus iniquidades*, el que sana todas tus dolencias . . . Misericordioso y clemente es el Eterno; lento para la ira, y *grande en misericordia* . . . No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados.

“Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. *Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones*. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Eterno de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (vv. 1-14).

Cuando uno se ha arrepentido verdaderamente de sus pecados, el perdón de Dios es absoluto, total y completo. Él nos aplica la sangre derramada de su Hijo Jesucristo, su sacrificio, de manera personal. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Dios borra nuestras transgresiones de su ley por medio del sacrificio de Cristo, “en quien tenemos redención por su sangre, *el perdón de pecados*” (Colosenses 1:14).

Cómo limpiar nuestras conciencias de la culpa

Sin darse cuenta, el mundo entero está atrapado en intensa culpa.

La mayoría de nosotros tenemos de vez en cuando angustias y remordimientos de conciencia. Las cosas que hemos hecho en el pasado nos atormentan, especialmente cuando las circunstancias inevitablemente hacen que tengamos que recordar lo que quisiéramos olvidar. Sin embargo, Dios nos ha ofrecido una forma de limpiar nuestras perturbadas conciencias y de empezar a andar por el ca-

mino que nos libraré del molesto complejo de culpa.

Los sacrificios de animales que Dios había ordenado en el Antiguo Testamento, “no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto” (Hebreos 9:9).

Pero el sacrificio perfecto de Cristo sí puede y de hecho lo hará: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, *limpiará vuestras conciencias de obras muertas* para que sirváis al Dios vivo?” (v. 14).

Nuestra nueva condición delante de Dios

El arrepentimiento, el bautismo por agua, y la recepción del Espíritu Santo de Dios (Hechos 2:38) dan comienzo a una nueva vida, totalmente diferente, para el verdadero cristiano. Cuando cruzamos este puente, nuestra salvación es segura, *con tal de que sigamos el camino de la ley de Dios, reflejado en nuestra obediencia a los Diez Mandamientos*. Como escribió el salmista: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmos 119:105).

Jesucristo dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envié [el Padre], *tiene vida eterna*; y no vendrá a condenación, mas *ha pasado de muerte a vida*” (Juan 5:24).

El apóstol Juan repitió esta alentadora verdad en 1 Juan 5:11-12: “Y este es el testimonio: que *Dios nos ha dado vida eterna*; y esta vida está en su Hijo. *El que tiene al Hijo, tiene la vida*; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”.

Después de su resurrección, Jesús les dijo a los apóstoles “*que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones*, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:47). Este es un componente clave de la misión que les encomendó a sus verdaderos seguidores. Ahora podemos comprender cómo el genuino arrepentimiento, seguido por el misericordioso y compasivo perdón de Dios, se unen para impartir verdadera conversión, ¡poniéndonos firmemente en el camino hacia la vida eterna! **BN**

¿Cuál fue el propósito de la muerte de Cristo?

Por Jerold Aust

Millones de cristianos creen que Jesucristo murió por ellos. Pero ¿saben exactamente por qué? ¿Por qué fue indispensable la muerte de Jesucristo?

Ante la pregunta de por qué se consideran cristianos, la gran mayoría de las personas que profesan esta religión contestarían algo como esto: “Yo sé que Jesucristo es el Hijo de Dios que murió por mis transgresiones, y acepto su sangre derramada por mis pecados”.

Si bien es cierto que Jesús murió por nosotros, ¿es eso todo lo que puede decirse al respecto? ¿O será que la Biblia tiene mucho más que decirnos?

Un sacrificio por los pecados de la humanidad

Muchos pasajes bíblicos muestran por qué Cristo murió por la humanidad. Examinemos unos cuantos ejemplos.

El apóstol Pablo escribió que debemos andar “en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

Pablo habló así a los cristianos residentes en Roma: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, *siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*, a quien Dios puso como propiciación [sacrificio expiatorio] por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:23-25).

Más adelante en la misma carta Pablo escribió: “Mas Dios muestra su amor para con

nosotros, en que *siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*. Pues mucho más, estando ya *justificados en su sangre*, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:8-9).

A la iglesia de Corinto, Pablo le explicó que Dios el Padre “*al que no conoció pecado [Jesucristo], por nosotros lo hizo pecado*” (2 Corintios 5:21). Aquí, la clara implicación no deja lugar a dudas de que Jesús cargó nuestra culpa sobre sí mismo y pagó con su muerte la pena que nos correspondía.

La introducción del libro del Apocalipsis describe a Jesucristo como aquel “que nos amó, y *nos lavó de nuestros pecados con su sangre*” (Apocalipsis 1:5).

El apóstol Juan también explicó el propósito de la muerte de Jesús: “*Si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo*” (1 Juan 2:1-2, Nueva Versión Internacional).

Un poco más adelante añadió: “Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que *él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido por el perdón de nuestros pecados*” (1 Juan 4:9-10, NVI).

Y también: “Y nosotros hemos visto y declaramos que *el Padre envió a su Hijo para*

ser el Salvador del mundo” (v. 14, NVI).

El apóstol Pedro confirmó esta gran verdad, diciendo que fue Jesucristo “quien *llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 Pedro 2:24).

El profeta Isaías escribió acerca del propósito de la muerte de Jesús siglos antes de que ocurriera: “*Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*” (Isaías 53:5).

La Escritura es muy clara cuando explica que Jesús tenía que morir por todas las personas de todas las épocas y por razones cruciales. Él tenía que morir por el pecado humano: el suyo, el mío y el de todos los demás.

El pecado causó la muerte de Jesús

Los pasajes bíblicos que hemos citado evidencian la necesidad de la muerte de Jesús, la cual se requería debido al pecado. Sin el pecado, no hubiera habido necesidad de que Jesús muriera ni que derramara su sangre inmaculada.

El pecado es la transgresión de la ley de Dios (1 Juan 3:4). Exige que se pague un precio, como nos dice Romanos 6:23: “Porque la paga del pecado es *muerte*”. Si no se pagara el precio de ese horrible castigo, los seres humanos sufrirían el olvido después de su muerte, sin ninguna esperanza más allá del sepulcro.

En el Nuevo Testamento, la carta a los hebreos afirma claramente que “no hay perdón de pecados si no hay derramamiento de sangre” (Hebreos 9:22, Versión Popular). Uno de los objetivos de esta carta era el de explicar que Jesucristo era el legítimo Hijo de Dios y que había dado su sangre por la remisión, es decir, el perdón, la anulación de la pena de los pecados de la humanidad.

Los destinatarios de esta carta estaban bastante familiarizados con los sacrificios del Antiguo Testamento que, como explica esta epístola, representaban el santo sacrificio supremo del Salvador de la humanidad: “Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26.)

Para que los seres humanos puedan ser reconciliados con Dios deben haber sido lavados y perdonados de sus pecados. “Porque si siendo

La Biblia nos muestra que hay muchísimo más que usted y yo debemos hacer fuera de aceptar simplemente el nombre de Jesús, llamarnos cristianos y aceptar la sangre derramada de nuestro Salvador. Dios quiere transformar nuestras vidas, para edificar en nosotros su carácter justo.

enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10). Sin reconciliación con Dios el Padre, no podría haber perdón de los pecados.

Hebreos 9:28 explica además que “también Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno, sino para traer salvación a quienes lo esperan” (NVI). Como hemos visto, un Jesús intachable se convirtió en pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Cargó sobre sus hombros el pecado de la humanidad para librarnos de la muerte eterna.

Cómo se inició el pecado

Considerando que el pecado es tan terrible y destructivo que necesitamos un Salvador que pague la pena por nosotros, ¿cómo fue que se originó?

El arcángel Lucero, conocido como Satanás, fue el primero en pecar contra Dios, el primero en quebrantar sus leyes (ver Ezequiel 28:15-16). Irónicamente, desde entonces Satanás ha influido en la gente para que piense que el hombre fue el primero en pecar. Adán y Eva sí pecaron, pero no fueron los primeros en hacerlo. Satanás ya se había rebelado contra Dios y estaba esperando en el huerto del Edén su oportunidad para sembrar sus mentiras en las mentes de ellos (Juan 8:42-44).

Eva y Adán fueron los primeros seres humanos que pecaron contra Dios, y desde entonces todos los seres humanos han pecado de manera similar (Romanos 5:12). La mayoría de las personas consideran muy difícil reconocer el pecado, y actúan simplemente como si no existiera. Pero el pecado es destructivo. Si Dios no nos hubiese concedido una solución, hubiera terminado por destruir a toda la humanidad.

Hoy en día, Dios “manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30), que *dejen de pecar* y de quebrantar sus leyes.

Puesto que ningún ser humano puede obedecer perfectamente las leyes de Dios sin pecar, Dios otorga su gracia a los arrepentidos, perdonándoles sus pecados.

La ley y la gracia van de la mano

La gran mayoría de los cristianos modernos encuentran que es muy difícil entender la relación entre la gracia de Dios y las leyes de Dios. La opinión más común al respecto es: “Si en realidad hay algo que estemos obligados a *hacer* para recibir el perdón, entonces la gracia no tiene sentido, porque la gracia implica que Dios no exige nada a cambio”.

Y en esta creencia hay algo de verdad. La gracia, es decir, el favor o buena voluntad de

Dios para con nosotros, es inmerecida. Incluye el perdón inmerecido de los pecados. Eso no puede ganarse por esfuerzo propio.

Pero la gracia misericordiosa de Dios jamás tuvo el propósito de ser *un permiso para continuar pecando*. Pablo aclara esta verdad: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).

La gracia y la ley son inseparables, como la Biblia claramente enseña. Puesto que el pecado, es decir, la violación a la ley de Dios (1 Juan 3:4) debe ser eliminado, ¿qué sentido tendría el perdonar a la gente sus pecados sólo para permitirles continuar violando la ley de Dios? Ciertamente, esto no tiene ningún sentido.

Esto también sería una absoluta contradicción a la enseñanza de Pablo de que Jesucristo “se dio a sí mismo por nosotros *para redimirnos de toda iniquidad* y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

La gracia, hecha posible mediante el sacrificio personal de Cristo, nos permite ser “redimidos”, es decir, ser *comprados* por Dios

gracias a que Cristo pagó el precio de nuestros pecados. Pero la gracia de Dios (su *don* gratuito) abarca mucho más. Incluye nuestra *purificación* como su “pueblo propio” mediante el don de su Espíritu Santo, haciéndonos “celosos de buenas obras”.

Efectivamente, por medio del sacrificio de Cristo la gracia nos otorga el perdón que la ley no puede concedernos. Pero la gracia no sustituye las leyes de Dios, como muestran claramente las Escrituras. En cambio, la gracia nos permite un nuevo comienzo, una oportunidad para empezar a vivir en armonía con las enseñanzas de Dios, que incluyen los grandiosos principios espirituales contenidos en su ley. Más aún, la gracia incluye la muy necesaria ayuda espiritual que Dios nos da para poder *obedecerle*.

¿Quién puede recibir la salvación?

Muchas personas malentienden lo que es la gracia. Pensar que Dios no exige nada de nosotros excepto que creamos que Jesús es el Hijo de Dios y que murió por nuestros pecados, ¡puede despojarnos de la salvación y dejarnos *sumidos en nuestros pecados!*

¡No se conforme con creermelo a mí! Ve lo que la Biblia tiene que decir al respecto: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. *No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal*, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

“*Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley [es decir, bajo condena judicial por haberla transgredido, como era el caso antes de haberse arrepentido], sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien*



Cualquiera que cometa pecado merece la muerte (Romanos 6:23). Pero Dios es misericordioso con nosotros y nos ha dado a su Hijo para que voluntariamente sufra el castigo y muera en lugar nuestro.

Para ser aceptados por Dios, para recibir esa gran bendición que es un obsequio y no puede ser comprada, debemos querer guardar las leyes de Dios porque las respetamos y las queremos y nos hemos arrepentido de quebrantarlas.

como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (Romanos 6:11-16).

Por asombroso que parezca, muchas personas sinceras todavía creen que no se requieren cambios de su parte para recibir el don divino de la gracia, y que sólo tienen que creer en el nombre de Jesús y aceptar su sangre derramada por sus pecados. Las palabras de Pablo que ya citamos demuestran que esto simplemente no es verdad.

Quizá el versículo más conocido y a la vez más malentendido entre los que se refieren a la importancia de la muerte de Jesús, se encuentre en Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

La última parte de este versículo, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”, ha sido sólo parcialmente comprendida por millones de personas. Erróneamente, muchos suponen que creer en Jesús significa creer sólo en su identidad y en sus promesas y que esto no exige ninguna acción recíproca de nuestra parte. Sin embargo, la creencia genuina en Jesús sí se demuestra concretamente con nuestras acciones. (Ver “¿Qué significa creer en Jesús?” en la página 16.)

Pero la Biblia nos dice enfáticamente que para ser salvos tenemos que arrepentirnos de nuestros caminos egoístas, volvernos a Dios con fe y creer lo que Cristo nos dice que hagamos (Hechos 2:38). Muchos que profesan ser cristianos, a pesar de que creen en Jesús, no demuestran sus creencias viviendo como Jesús nos instruye. Como la Biblia revela, este nivel mínimo e inicial de la fe no es lo que Jesús desea (Lucas 6:46).

Cuando un joven rico le preguntó a Jesucristo qué necesitaba hacer para tener la vida eterna, recibió una respuesta que hoy en día sorprendería a muchos: “Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17).

Jesús también advirtió: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos man-

damientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5:19).

Pablo conocía esta verdad, y explicó que “la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Por lo tanto, Dios quiere que guardemos sus leyes tanto en el espíritu como en la letra, para verdaderamente captar su significado y aplicar su intención plena. La salvación se ofrece sólo a aquellos que están dispuestos a esforzarse por guardar con todo su corazón los mandamientos de Dios.

Si usted necesita pruebas más fehacientes de que sin duda se requiere más de nosotros de lo que tradicionalmente se enseña, vaya al final mismo de la Biblia. Allí se afirma: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos para tener derecho al árbol de la vida [para recibir el don de la vida eterna] y para entrar en las puertas de la ciudad [la nueva Jerusalén, nuestro destino final]” (Apocalipsis 22:14, Biblia de Jerusalén).

La Biblia nos muestra que hay muchísimo más que usted y yo debemos hacer fuera de aceptar simplemente el nombre de Jesús, llamarnos cristianos y aceptar la sangre derramada de nuestro Salvador. Dios quiere transformar nuestras vidas, para edificar en nosotros su carácter justo.

Para ser aceptados por Dios, para recibir esa gran bendición que es un obsequio y no puede ser comprada, debemos querer guardar las leyes de Dios porque las respetamos y las queremos y nos hemos arrepentido de quebrantarlas. Luego debemos aceptar la gracia de Dios para el perdón de nuestras faltas anteriores al no guardar sus leyes correctamente. Y con su ayuda debemos esforzarnos por empezar a obedecer sus leyes, siempre arrepintiéndonos y pidiendo perdón cuando fallamos.

Cuando la muerte de Jesús se aplica a usted

La muerte de Jesucristo se aplica a cada uno de nosotros personalmente cuando, al ser

atraídos por Dios para que entendamos sus verdades, nosotros le respondemos. Si usted ha sido llamado por Dios (ver Juan 6:44), entonces ya reconoce cómo es que la muerte de Jesús se aplica a su vida personal.

La aceptación de la muerte de Jesús debe ser acompañada de *arrepentimiento*, un cambio de rumbo de nuestros viejos y habituales pecados. También se requiere que ejerzamos fe (creencia sincera) en lo que Cristo nos ha enseñado. Esto significa que comenzaremos a obedecer las leyes de Dios que pueden liberarnos de nuestra esclavitud del pecado (Romanos 6:11-23).

Sí, Juan 3:16 es verdad: debemos creer en Jesús. Pero al mismo tiempo, tenemos que entender cabalmente lo que eso significa. Lo cierto es que una vez que somos atraídos a Dios para entender su verdad, hay algo que debemos hacer: debemos saber que nuestros pecados, es decir, los suyos, los míos y los de todas las demás personas, han requerido la muerte de Jesucristo, sin la cual moriríamos para siempre y seríamos eternamente olvidados.

Jesús murió en lugar nuestro. Nosotros merecemos la muerte; Jesús no. Cualquiera que cometa pecado merece la muerte (Romanos 6:23). Pero Dios es misericordioso con nosotros y nos ha dado a su Hijo quien voluntariamente sufrió el castigo y murió en lugar nuestro. Como respuesta, él espera que pongamos atención a sus instrucciones y obedezcamos sus mandamientos. Por esta razón murió Jesús.

Ésta, la historia más grande jamás contada, ¡no termina aquí! No deje de leer el siguiente artículo: “La resurrección de Jesucristo enseña el camino para los demás”, para que descubra el resto de la historia de la participación de Cristo en nuestra salvación. **BN**

Puesto que el pecado, es decir, la violación a la ley de Dios (1 Juan 3:4) debe ser eliminado, ¿qué sentido tendría el perdonar a la gente sus pecados sólo para permitirles continuar violando la ley de Dios?

La resurrección de Jesucristo enseña el camino para los demás

Por Jerold Aust

¿Por qué el cristianismo moderno casi invariablemente representa a Jesús muerto en la cruz? ¿Será posible que muchos realmente no alcancen a captar la importancia de su resurrección y lo que ella significa para nosotros?

La resurrección de Jesucristo y su propósito vivificador es un tema permanente en los escritos de sus apóstoles. Uno de los pasajes más significativos se encuentra en la primera carta de Pablo a los corintios:

“Ahora bien, si se predica que Cristo ha sido levantado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de ustedes que no hay resurrección? Si no hay resurrección, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no sirve para nada, como tampoco la fe de ustedes. Aún más, resultaríamos falsos testigos de Dios por haber testificado que Dios resucitó a Cristo, lo cual no habría sucedido, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados. En este caso, también están perdidos los que murieron en Cristo. Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales” (1 Corintios 15:12-19, Nueva Versión Internacional).

Este es uno de los argumentos bíblicos más poderosos a favor del significado de la resurrección de Jesucristo y la imposibilidad de refutarla.

Usando un argumento similar, leemos en el libro de los Hechos que Pablo se defendió personalmente ante el rey Agripa II en lo referente a la resurrección de los muertos, diciendo: “¿Qué! ¿Se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios rescite a los muertos?” (Hechos 26:8). Valientemente, Pablo también confirmó que hasta el mismo Agripa conocía la promesa de resurrección a la vida eterna de aquellos que obedecen a Dios (vv. 6, 26).

La pregunta que le hacemos a usted es: ¿Cree en la resurrección de los muertos? ¿Entiende por qué Jesucristo tenía que ser resucitado, y por qué la resurrección de los muertos es la única vía conducente a la vida eterna que se ofrece en la Biblia?

Inmortalidad mediante la resurrección

Pablo explicó a los cristianos en Roma la conexión entre el don de Dios del Espíritu Santo como anticipo de la vida eterna, y el recibimiento mismo de la inmortalidad al momento de la resurrección de entre los muertos:

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también

vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:10-11).

¿Cuándo vivificará Dios “vuestros cuerpos mortales”, como afirmó Pablo? Fijémonos en la explicación que da el mismo Pablo:

“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, *a la final trompeta*; porque *se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles*, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:50-54).

Al escribir a los filipenses, Pablo enseñó también la importancia de la resurrección de los muertos: “Mas nuestra *ciudadanía* está en los cielos, *de donde también esperamos* al Salvador, al Señor Jesucristo [cuando regrese a la tierra y rescite a sus seguidores]; el cual *transformará* el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21). Pablo habla claramente sobre la resurrección de los muertos y su importancia para los cristianos.

Muchos otros pasajes confirman el compromiso de Dios con respecto a la resurrección de los muertos. Ahora aprendamos un poco más

Una verdad asombrosa: Jesús no resucitó un domingo por la mañana

La resurrección de Cristo significa mucho más que la contemplación de la salida de sol en la Pascua Florida, que probablemente sea la única ocasión en que la mayoría de las personas piensan en la resurrección.

En realidad, los servicios religiosos al amanecer de la Pascua de Resurrección fueron adoptados del paganismo antiguo, y de hecho, el nombre de esta festividad en inglés es *Easter*, que proviene de *Ishtar*, la antigua diosa babilónica de la fertilidad. Tales servicios contradicen los hechos bíblicos que relatan la resurrección de Cristo. Y si se consideran sus orígenes, indudablemente carecen de toda relación con la resurrección a vida eterna prometida a los justos.

Otra de las razones por las que un servicio al amanecer no puede honrar a Jesús, es que *él no resucitó un domingo por la mañana*. La Biblia enseña que

él ya había resucitado cuando María Magdalena acudió al sepulcro la mañana del domingo “siendo aún oscuro” (Juan 20:1), ¡antes de que siquiera hubiera salido el sol!

Además, es imposible compaginar una crucifixión en viernes y una resurrección el domingo por la mañana con la clara afirmación de Jesús de que estaría “en el corazón de la tierra” durante tres días y tres noches (Mateo 12:40). Lisa y llanamente, es imposible encajar tres días y tres noches dentro de ese espacio de tiempo.

Si desea estudiar más a fondo las verdaderas fiestas bíblicas, nuestro folleto *Las fiestas santas de Dios* las explica detalladamente. No vacile en descargar o solicitar hoy mismo un ejemplar gratuito de esta informativa publicación. **BN**

sobre la resurrección de los muertos mediante el ejemplo de un grano de trigo.

La muerte, la vida y un grano de trigo

Jesucristo enseñó a sus discípulos una importante lección acerca de su muerte y resurrección mediante la analogía de un grano de trigo. Él les dijo: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:23-24).



La importancia de la resurrección de Cristo no resta absolutamente nada a la importancia de su muerte y del derramamiento de su sangre para la purificación de nuestros pecados. Por el contrario, ambas se complementan y encajan a la perfección.

Una nueva y vibrante vida surge de un grano de trigo en descomposición. Obviamente, Jesús aquí está hablando de los beneficios vivificadores que la combinación de su muerte y resurrección ofrece a la humanidad.

Pablo señaló a los cristianos que vivían en Roma que tanto la muerte como la resurrección de Cristo eran indispensables para que pudiéramos recibir la vida eterna: “Mas Dios

muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues *mucho más*, estando ya justificados en su sangre, por él *seremos salvos* de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, *seremos salvos por su vida*” (Romanos 5:8-10).

En estos versículos Pablo demuestra que la sangre derramada de Jesús restablece nuestra buena relación con Dios el Padre al redimirnos de los pecados pasados. Pero este sacrificio expiatorio sólo nos *reconcilia* con el Padre. Pablo prosigue afirmando enfáticamente que somos *salvos por la vida de Cristo*, lo que hace que su resurrección sea crucial para nuestra salvación y revalida la analogía del grano de trigo.

La importancia de la resurrección de Cristo no resta absolutamente nada a la importancia de su muerte y del derramamiento de su sangre para la purificación de nuestros pecados. Por el contrario, ambas se complementan y encajan a la perfección (Hebreos 11:12).

¡Seremos como él!

El apóstol Juan revela que todos los que sean resucitados a la vida eterna serán como Jesucristo: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; *pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3).

Pablo describe el extraordinario cambio que tendrá lugar cuando los muertos sean resucitados para llegar a ser como Jesucristo: “Hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria.

Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:40-44).

Este pasaje describe una transformación verdaderamente insólita. Por ello es que Pablo agrega: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:16-18).

Conociendo esto y ya casi al final de su vida, el apóstol Pedro envió estas alentadoras palabras a los líderes de las congregaciones de su tiempo:

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también *participante de la gloria que será revelada*: Apacentaad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente, no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. *Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria*” (1 Pedro 5:1-4).

¡La gloria y la bendición de recibir la vida eterna están siempre vinculadas al retorno de Jesucristo, a su segunda venida! Notemos con cuánta vehemencia enfatiza este hecho el apóstol Pablo:

“Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no prederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:15-18).

Jesucristo es nuestro Salvador viviente. Su resurrección fue esencial para que pudiéramos compartir la vida eterna con él. ¡Quienes obtienen el perdón de sus pecados mediante su muerte, y continúan obedeciendo fielmente la palabra de Dios, reciben también la promesa de vida eterna, mediante la resurrección de los muertos, a su segunda venida! **BN**

Cuando las naciones se derrumban



Con frecuencia, la caída de las naciones y los imperios es un proceso que toma varias generaciones. Sin embargo, en otras ocasiones es algo súbito y sucede de la noche a la mañana, dejando al mundo atónito. ¿Estamos a punto de ver otro colapso? ¿Les estamos prestando atención a las señales que cada vez son más alarmantes?

Por Noel Hornor

El historiador Arnold Toynbee (1889-1975) escribió un análisis clásico acerca del surgimiento y la caída de las civilizaciones. En su obra de 12 volúmenes, *A Study of History* ["Estudio de la historia"], examinó 21 grandes civilizaciones. De todas esas, la única que sobrevive intacta en el presente es Estados Unidos.

Si usted hiciera una encuesta entre los estadounidenses acerca de la caída de su nación, muchos probablemente contestarían que esto jamás podría pasar.

Esta respuesta no debería sorprendernos. Los ciudadanos de otros grandes imperios del pasado también pensaban lo mismo, pero los Estados Unidos harían bien en estudiar y aprender las lecciones de la historia.

Estados Unidos ha existido como nación por menos de dos siglos y medio. Sin embargo, una de las civilizaciones del pasado que más perduró, la antigua Roma, cayó después de más de 12 siglos. Roma existió primero como monarquía, después como república y finalmente como imperio.

En los días de la decadencia del Imperio Romano de Occidente, que finalmente terminó en el año 476 d.C., ¿qué pensaban los romanos acerca de su posición? El escritor Bryan Ward-Perkins explica: "Antes de la caída, los romanos estaban absolutamente seguros, como lo estamos nosotros en la actualidad, de que las cosas en el mundo seguirían para siempre, casi sin cambios" (*The Fall of Rome* ["La caída de Roma"], 2006, p. 183).

Aun antes de la caída del imperio, la ciudad de Roma fue humillada en el año 410 a manos de los pueblos germánicos que la saquearon. Es interesante analizar la observación que hizo alguien que vivía en ese entonces: "El poder de Roma nunca tendrá fin", escribió Claudio, el poeta de la corte, poco antes de que la ciudad fuera saqueada por los visigodos" (Cullen Murphy, *Are We Rome?* ["¿Somos Roma?"], 2007, p. 31).

¿Podemos ver algunos paralelos entre los Estados Unidos y la antigua Roma que presagian

el colapso de la civilización estadounidense? Varios autores han señalado algunas similitudes evidentes.

Los historiadores han esgrimido muchas razones para la caída de Roma. Algunas tenían que ver con factores externos y otras con internos. Aquí nos concentraremos en los factores internos que más contribuyeron al debilitamiento de Roma y que ahora están destruyendo de la misma forma a los Estados Unidos desde adentro.

El exceso en los gastos: una carga financiera agobiante

Como ha sucedido con muchos imperios, las dificultades financieras contribuyeron a la caída de Roma. “El gasto militar era, con mucho, el renglón más importante del presupuesto imperial” (Ward-Perkins, p. 41).

El ejército se financiaba directamente con los impuestos, porque en la estructura romana no existía la posibilidad de financiarlo por medio del endeudamiento del gobierno. Por no poseer suficientes ingresos fiscales, a principios del siglo V Roma no fue capaz de defenderse adecuadamente ante la invasión de ejércitos enemigos. El surgimiento incontrolado de los ejércitos bárbaros desestabilizó la economía, causando la caída vertiginosa de las recaudaciones fiscales en el momento en que más se necesitaban.

Otro escritor agrega: “No había una forma obvia de incrementar rápida ni sustancialmente los ingresos . . . Por lo tanto, es muy poco probable que en el año 400 hubiera algo de reservas que sirvieran para respaldar ejércitos aún más grandes, ya que un siglo antes se aumentaron los impuestos con el propósito de enviar nuevos ejércitos al frente persa” (Peter Heather, *The Fall of the Roman Empire* [“La caída del Imperio Romano”], 2006, pp. 447-448).

En décadas recientes, los Estados Unidos han tenido que incurrir en una deuda gigantesca para poder financiar sus gastos. De acuerdo con los datos del portal de Internet de la Casa Blanca del 29 de mayo de 2009, la deuda nacional bruta estaba por encima de los 11 billones de dólares y se incrementaba a una tasa de casi 100 000 dólares por segundo.

De los gastos respaldados por el fondo de ingresos generales del gobierno de EE.UU., cerca del 30 por ciento corresponde a la defensa. El gasto de defensa ha estado aumentando continuamente desde el 2001, cuando Estados Unidos se embarcó en la guerra contra el terrorismo. El presupuesto oficial de defensa de los Estados Unidos es de 516 mil millones de dólares, pero según otras fuentes es de más de un billón.

Los costos han aumentado debido en gran parte a las guerras en Iraq y Afganistán, pero

ninguna de las dos forma parte del presupuesto oficial del Departamento de Defensa. A finales del 2008, el costo de la guerra sólo en Iraq había sobrepasado 580 mil millones de dólares. Esto significa un gasto diario de más de 341 millones de dólares, lo que equivale a 4681 dólares por cada familia y 1721 por persona.

Además de sus propias guerras, EE.UU. provee la estructura militar que garantiza la seguridad de muchas otras naciones. Su gasto militar equivale al de las 15 naciones más próximas en conjunto. Y aunque es la primera potencia económica del mundo, también resguarda la seguridad de la segunda y cuarta potencias, Japón y Alemania, respectivamente.

Finalmente, los compromisos masivos de Roma se convirtieron en una carga financiera insostenible. “El costo de mantener la ‘Pax Romana’ —la Paz de Roma— en casi todo el mundo conocido de entonces, era demasiado aun para los enormes recursos del poderoso imperio . . . El costo de su gigantesco programa militar era tan sólo uno de los dolores de cabeza de Roma” (Daniel Mannix, *The Way of the Gladiator* [“El camino del gladiador”], 2001, p. 3).

Los compromisos financieros de Estados Unidos están cobrando un precio muy alto, al igual que ocurrió con la antigua Roma.

Tan sólo el interés de la deuda nacional consume el 19 por ciento del fondo de recaudaciones de Estados Unidos. En octubre del 2008 se aprobó un paquete de ayuda gigantesca para la industria de servicios financieros. Después, en febrero de este año, el congreso aprobó un paquete económico de ayuda aún más grande, con el fin de estimular la debilitada economía norteamericana.

Esto producirá, según estiman algunos expertos financieros, un déficit en el presupuesto de 2 billones de dólares, más de cuatro veces el déficit que se había venido presentando recientemente. Como lo señaló el periódico *The Times* de Londres en su edición del 3 de enero de 2009: “Aunque él tal vez no lo sepa, el papel para el que ha sido escogido el presidente electo de Estados Unidos es el de administrar la decadencia nacional” (Matthew Parris, “Una oxidada superpotencia necesita un conductor cuidadoso”, énfasis añadido).

Aún más, no estamos teniendo en cuenta los problemas galopantes que se están presentando al tratar de financiar el sistema de seguridad social y los programas médicos gubernamentales, a medida que millones de personas comienzan a jubilarse. Según algunos cálculos, cuando todas estas deudas sean sumadas, la verdadera deuda de los Estados Unidos será de más de 50 billones de dólares, ¡aproximadamente medio millón de dólares por cada familia en el país!

Los gastos excesivos de Estados Unidos lo están llevando a la quiebra nacional. En 2004 un antiguo presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, Peter Peterson, escribió: “Hace un tiempo, Estados Unidos era la nación que más prestaba a las demás naciones del mundo; ahora, es la que más debe . . . en un hecho sin precedentes, dependemos de 2 mil millones de dólares de capital extranjero cada día laborable. Si la confianza de los extranjeros llegara a disminuir, esto nos podría conducir a un aterrizaje forzoso” (*Running on Empty* [“Acercándose a la bancarrota”]).

Sin embargo, pareciera que los líderes no pudieran discernir el verdadero problema de esta situación, como lo vimos en la administración anterior: “El [ex] presidente Bush dice que el déficit es tan sólo ‘números escritos sobre papel’. El [ex] vicepresidente Cheney afirma que Reagan probó que ‘los déficits no importan’” (*ibídem*).

Pero gastar sin control y tener una política fiscal irresponsable sí tienen graves consecuencias. Como lo afirmó el comentarista cultural Jim Nelson Black: “Todas las lecciones de la historia nos dicen que la pérdida de la disciplina económica destruye las naciones y las personas” (*When Nations Die* [“Cuando las naciones mueren”], 1994, p. 55).

Decadencia cultural: descomposición familiar y moral

La vida familiar romana siempre tuvo problemas. Por ejemplo, durante la época de la república, los hombres tenían derechos que las mujeres no tenían. Sin embargo, durante este período la moral y la vida familiar eran relativamente sólidas en comparación con la decadencia que sobrevendría en los últimos días del imperio.

El famoso historiador Will Durant ofreció la siguiente descripción de la vida sexual y marital en Roma: “Desde el principio hasta el final de la historia romana la sexualidad de un hombre común fue esencialmente la misma: vulgar y liberal, pero no incompatible con una vida familiar exitosa. En todas las clases sociales libres, la virginidad era un requisito para las mujeres jóvenes . . .

“El primer divorcio registrado en la historia romana data del 268 a.C.; una tradición sospechosa afirmaba que no se había presentado otro divorcio desde la fundación de la ciudad” (*The Story of Civilization* [“Historia de la civilización”], 1971, 3:68-69).

Pero durante el reinado del primer emperador, Augusto (27 a.C.-14 d.C.), aun este remedio de moralidad había desaparecido. “Un gran número de ciudadanos romanos nativos evitaban el matrimonio, prefiriendo tener prostitutas o concubinas en lugar de una variada

sucesión de esposas. De aquellos que estaban casados, la mayoría parecía haber limitado su familia por medio del aborto, el infanticidio . . . y métodos anticonceptivos” (p. 222).

Augusto añoraba los días de la república, cuando los parámetros morales eran más elevados, y decidió hacer algo al respecto. “Utilizando los poderes que tenía como censor y tribuno, Augusto promulgó . . . una serie de leyes . . . cuyo propósito era restaurar la moral, el matrimonio, la fidelidad, la paternidad, y una vida sencilla” (p. 223).

Sin embargo, él no pudo detener la corriente de inmoralidad que cada vez era más rampante, y los valores cívicos y morales continuaron en espiral descendente. No todas las mujeres romanas adoptaron la inmoralidad que antiguamente era sólo practicada por los hombres, pero algunas sí lo hicieron.

Como lo explica otro historiador: “Al poco tiempo las mujeres comenzaron a traicionar la fidelidad que debían a sus esposos . . . Los *Epigramas* de Marcial y las *Sátiras* de Juvenal dan fiel testimonio de cómo pre-

valecía el adulterio . . . Es obvio que los matrimonios infelices debían ser incontables en una ciudad en la que Juvenal cita como algo rutinario exhortar a un invitado a cenar a olvidar los problemas diarios, especialmente los causados por tener que sobrellevar a una esposa ‘que acostumbra salir al amanecer y regresar por la noche con su cabello desarreglado y su rostro y orejas enrojecidos’” (Jerome Carcopino, *Daily Life In Ancient Rome* [“Vida diaria en la antigua Roma”], 2003, pp. 93-94).

La experiencia de Israel y de Judá: Una lección para hoy

En el Antiguo Testamento, Dios obró principalmente con los descendientes de un hombre llamado Abraham. Abraham fue un hombre admirable a quien Dios le hizo promesas debido a su fe y fidelidad a él. La Biblia se concentra en los descendientes que tuvo Abraham a través de su nieto Jacob, el pueblo de Israel (Israel fue el nombre que Dios le dio a Jacob después de haberlo probado; ver Génesis 32:28). Estos descendientes habrían de recibir muchas bendiciones nacionales debido a las promesas que Dios le había hecho a Abraham.

Los libros del Antiguo Testamento describen cómo los descendientes de Jacob, los israelitas, crecieron hasta convertirse en una gran nación, con la que Dios hizo un pacto. La esencia de este pacto está descrita en Deuteronomio 28, donde Dios les prometió que si lo obedecían, él continuaría bendiciéndolos. La pena por violar el pacto sería que sufrirían muchas maldiciones y finalmente serían llevados en cautiverio nacional.

Durante los primeros siglos en que los israelitas habitaron en la Tierra Prometida, experimentaron una serie de altibajos y fueron guiados en parte por un sistema de jueces. Finalmente, durante el período de Samuel, el último de los jueces, Israel exigió un rey. Dios respondió su petición y les dio una monarquía, pero antes les advirtió que estarían sujetos al abuso del gobierno en manos de un rey humano (1 Samuel 8:10-18). Su primer rey fue Saúl, seguido por David, Salomón y Roboam.

Roboam comenzó su reinado dando claras señales de que sería un rey muy opresivo (1 Reyes 12:11), lo que condujo a la división de Israel en dos reinos competidores. El más grande, al norte, retuvo el nombre de Israel y estaba compuesto por 10 tribus. El más pequeño, al sur, con su capital en Jerusalén, fue llamado Judá y estaba formado por dos tribus. Con esto comenzó una larga historia de intrigas, rebelión y, en muchas ocasiones, violencia en las dos naciones.

Los pecados de Israel y su caída

Aquellos que pertenecían al reino del norte, Israel, fueron especialmente notorios en sus violaciones del pacto original que Dios había hecho con sus antepasados. Adoptaron prácticas de las naciones paganas, entre las cuales estaba la de sacrificar niños, uno de los abominables pecados de los cananeos que habían habitado esa tierra antes de ellos. También siguieron la costumbre cananea de la fornicación ritual, mezclando el sexo con la adoración idolátrica religiosa. La inmoralidad sexual llegó a extremos de vileza increíbles (Amós 2:7).

Charles Feinberg resumió las condiciones que prevalecían hacia el final de la historia de Israel: “Los días de . . . Jeroboam II estaban marcados por una gran prosperidad, de hecho, la prosperidad más grande del reino del norte. Bajo este rey, Israel llegó a la cumbre de su poder. Era un período de increíble riqueza, lujos, arrogancia, seguridad física, opresión de los pobres, decadencia moral y adoración basada en las apariencias. El deterioro moral y la degradación espiritual de las personas eran aterradores” (*The Minor Prophets* [“Los profetas menores”], 1952, p. 86).

Dios envió muchos profetas —Elías, Oseas, Amós y Miqueas, entre otros— para que advirtieran a Israel y lo exhortaran al arrepentimiento. El

resultado siempre fue el mismo: sólo un arrepentimiento efímero. Finalmente, la paciencia de Dios se agotó, y en la última parte del siglo octavo a.C. permitió que fueran llevados cautivos por Asiria (2 Reyes 17:5-6). Después de ello permanecieron dispersos, llegando a ser conocidos como las 10 tribus perdidas de Israel.

Judá siguió los pasos de Israel

El ocaso del reino del sur, Judá, no fue tan rápido como el de Israel, pero las personas también cayeron en la rebelión y la idolatría. No aprendieron la lección del devastador castigo nacional que Israel tuvo que sufrir, y continuaron en sus pecados. Ellos también fueron amenazados por Asiria y enfrentaron una suerte similar.

Cuando el rey asirio Senaquerib sitió a Jerusalén, el rey de Judá, Ezequías, oró fervientemente a Dios pidiéndole su intervención. Dios escuchó su oración y libró a Jerusalén de manos del rey asirio. Pero después de la muerte de Ezequías, su hijo Manasés reinó y cometió terribles abominaciones y atrocidades, entre ellas el sacrificio de su hijo a una deidad pagana (2 Reyes 21:1-6).

La Biblia resume la relación de Dios con Judá: “Y el Eterno Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira del Eterno contra su pueblo, y no hubo ya remedio” (2 Crónicas 36:15-16).

El pueblo de Judá se burlaba del pacto que sus ancestros habían hecho con Dios. El resultado de ello fue el mismo que el de las tribus del norte: Dios permitió que su nación fuera destruida. Muchos de ellos fueron masacrados por los babilonios, Jerusalén fue arrasada y los sobrevivientes llevados en cautiverio a Babilonia (2 Crónicas 36:17-20).

¿Aprenderemos de su ejemplo?

¿Qué puede Estados Unidos aprender de las lecciones de Israel y de Judá? Puede aprender que es Dios quien bendice a las naciones y es él quien retira sus bendiciones.

Dios ya está quitando las bendiciones que le ha dado a los Estados Unidos. Lo está haciendo porque el país ha rechazado los principios de Dios. La nación desobedece a Dios y no le presta la menor atención, prefiriendo en su lugar los falsos dioses del dinero, el sexo y lo profano.

La mayoría de quienes piensan que están siguiendo la Biblia y a Jesucristo, sin saberlo están inmersos en una mezcla corruptora de tradiciones cristianas y paganas. (Si desea examinar más a fondo este asunto, le recomendamos nuestro folleto gratuito *La iglesia que edificó Jesucristo*.)

Jesús pronunció un grave juicio en contra de los religiosos que dicen apearse a la Biblia pero no la aceptan en realidad y no la obedecen: “Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Marcos 7:7). De la misma forma en que lo hicieron Israel y Judá, las naciones modernas están desobedeciendo las leyes de Dios y, al igual que ellas, caerán, a menos que las personas se vuelvan a Dios con todo el corazón. **BN**

“A partir de ese entonces, presenciamos una epidemia de divorcios . . . Esta enfermedad casi se convirtió en algo endémico en el imperio” (p. 97).

Y continúa: “No debemos suponer que los hombres eran siempre los que tomaban la iniciativa en estos asuntos. Las mujeres también rechazaban a sus esposos y los abandonaban sin el menor remordimiento . . . Juvenal señala con oprobio a una de ellas: ‘Así, ella se enseñorea de su esposo. Pero al poco tiempo ella abandona su reino; pasa de un hogar a otro desgastando su velo de novia . . . Así crece el relato de sus esposos; habrá ocho de ellos en el transcurso de cinco otoños . . .’” (p. 99).

Cualquier fuerza que la sociedad de Roma tuviera en la unidad familiar, se había diluido. “En la Roma del siglo segundo, la fila afilada del carácter se había vuelto embotada” (p. 79).

Con el tiempo el imperio decaería continuamente, con la corrupción y la falta de ética multiplicándose y llegando a niveles desastrosos. “La honestidad y la nobleza de carácter desaparecieron, la inmoralidad sexual era algo rampante, y hablar en contra de los excesos o la corrupción se consideraba como traición. Para sofocar cualquier indicio de resistencia a sus políticas, los emperadores romanos a partir de Nerón utilizaban el ejército y sus guardias personales como una fuerza policial en contra del pensamiento [libre], para descubrir y castigar a los opositores” (Black, p. 75).

Aun los aspectos morales de las diferentes formas de la religión romana, que alguna vez habían ayudado a controlar los aspectos más viles y siniestros de la naturaleza humana, perdieron su poder. El resultado fue una decadencia más grande de la sociedad, algo que finalmente contribuyó al colapso de Roma.

¿Qué sucede con el estado moral de los Estados Unidos?

Aunque la moralidad de los Estados Unidos puede no haber descendido tanto como aquella que llegó a prevalecer poco antes del colapso del Imperio Romano, los norteamericanos tienen muchos motivos para preocuparse. De acuerdo con una declaración del Departamento de Salud y Servicios Humanos del 15 de septiembre de 2008, en el 2007 había 7,4 matrimonios por cada 1000 habitantes y 3,7 divorcios. Esto equivale a un divorcio por cada dos matrimonios. Pero según esta misma fuente de información, en el 2005 el 37 por ciento de todos los nacimientos ocurrían en madres solteras.

Para cualquier nación, estas estadísticas son el reflejo de una grave situación moral y espiritual. La familia es la base de una sociedad estable y equilibrada; si falla, es inevitable la decadencia.

De la misma forma en que marcha la familia, así marcha la nación. A Estados Unidos tal vez no le quede mucho tiempo, en gran parte debido a la altísima tasa de familias que están afectadas por el divorcio y las de un solo padre.

El profeta Ezequiel escribió: “Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera” (Ezequiel 18:2). Este versículo habla de las consecuencias que tienen las decisiones que tomamos para aquellos que nos rodean y para las generaciones que vienen después. En el caso del divorcio o de las familias con un solo padre, estas consecuencias pueden ser el desastre total.

Los hijos del divorcio

La mejor forma de medir el impacto que en las familias tiene el divorcio la encontramos en un estudio acerca de las consecuencias que el divorcio de una pareja tiene a largo plazo sobre los hijos.

Después de hacer un estudio de muestreo por 25 años, Judith Wallerstein explicó uno de los efectos traumáticos del divorcio: “Como lo explican tan elocuentemente [los niños que participaron en el estudio], ellos pierden la despreocupación natural de la niñez, así como el consuelo de los brazos y del regazo de un padre amoroso, ya que éste siempre tiene que correr porque la vida después del divorcio es tan difícil de manejar” (*The Unexpected Legacy of Divorce* [“El legado insospechado del divorcio”], 2000, p. 296).

Ella continúa: “Tenemos el consenso de que los hijos que crecen en una familia que ha sufrido el divorcio o que está compuesta por un padre que se ha vuelto a casar, son menos equilibrados como adultos que aquellos que tienen familias sin estos factores . . . En su edad adulta, esto afecta su personalidad, los hacen personas más desconfiadas, tienen expectativas diferentes en sus relaciones y también son menos capaces de enfrentar el cambio . . . Los hijos aprenden pronto que la familia después del divorcio tiene paredes porosas que admiten nuevos amantes, parejas que conviven sin casarse, y padrastrós. Ninguna de estas relaciones es algo fácil para nadie” (pp. 297-298).

Los hijos adultos de una pareja que se ha divorciado se dan cuenta de que su propia unión ofrece más riesgos. Ella lo explica: “Al afrontar la tensión normal del matrimonio, los adultos que han vivido el divorcio de sus padres están en una grave desventaja. La ansiedad acerca de las relaciones es el fundamento de sus personalidades y se mantiene presente aun en los matrimonios felices” (p. 300).

Ella anota que en cuanto a la adolescencia, “se presenta más prematuramente en los

hijos de familias que se han divorciado, y comparado con jóvenes criados en familias íntegras, hay una mayor incidencia de precocidad sexual en las jovencitas y un mayor uso del alcohol y las drogas, tanto en los jóvenes como en las jovencitas” (p. 299).

Algunas de las consecuencias de las tempranas experiencias sexuales de las jovencitas y de los jovencitos, son trágicas. “De hecho, los jóvenes [hombres y mujeres] sufren la mitad de los 19 millones de nuevos casos de enfermedades venéreas que se presentan cada año . . . Cada año hay 750 000 jovencitas que quedan embarazadas en la adolescencia” (revista *U.S. News and World Report*, 15 de septiembre de 2008).

Esta es una razón que nos explica fehacientemente las rígidas condiciones que Jesucristo estableció para el divorcio (Mateo 19:3-9). Él entendió que el divorcio es dañino y que la destrucción de las familias es como un cáncer que carcome a la sociedad desde adentro. Este cáncer está devorando a nuestras sociedades de la misma forma en que devoró a la antigua Roma.

¿Qué nos depara el futuro?

Hagamos nuevamente la pregunta: ¿Podría Estados Unidos derrumbarse? ¿Podría seguir el mismo camino que siguieron las poderosas naciones e imperios del pasado?

El increíble estado financiero y los parámetros de moralidad de EE.UU. no auguran nada bueno. ¿Puede esto cambiar o simplemente son la antesala de su colapso como una superpotencia?

Necesitamos recordar cómo era que los romanos veían las circunstancias: pensaban que su imperio continuaría para siempre y que era demasiado poderoso como para caer. Estaban equivocados, y su sentido de autocomplacencia no les ayudó a evitar su decadencia.

La verdad es que es Dios quien da a las naciones el poder para alcanzar la grandeza y la capacidad para conservarla.

A finales del siglo VII a.C. surgió en Babilonia un imperio poderoso. Su más grandioso rey fue Nabucodonosor II. Dios le informó a este poderoso gobernante, por medio de Daniel el profeta, que era Dios quien le había dado su reino y su gloria (Daniel 2:21). El rey tuvo que aprender una traumática lección que fácilmente podría haber derrocado su reino.

Más tarde, en el próximo siglo, uno de los reyes que lo sucedió, Belsasar, tuvo la osadía de mofarse de la revelación que Dios le había dado a Nabucodonosor (ver Daniel 5). El resultado de ello fue que Dios abatió a Belsasar y con un golpe magistral infligió una herida fatal tanto al rey como al Imperio Babilónico.

Ver **DERRUMBAN** en la página 17

Todo camino llega a Roma

Por Melvin Rhodes

Hace dos mil años el Imperio Romano dominaba Europa, el Cercano Oriente y África del norte. El legado de su dominio se prolongaría por siglos, y hoy en día todavía se halla entre nosotros.

Así como nosotros no somos perfectos, los 12 discípulos de Jesucristo tampoco lo eran, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Al igual que todas las personas que hayan vivido alguna vez, ellos también sintieron la influencia de las circunstancias que los rodeaban.

En Mateo 20 encontramos el interesante relato de un incidente que nos ayuda a vislumbrar lo que era la vida en el Imperio Romano de esos tiempos.

“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda” (vv. 20-21).

Aquí vemos un claro ejemplo de ambición política. Sabiendo que Jesús había venido a predicar las buenas nuevas del futuro Reino de Dios (Marcos 1:14), estos dos discípulos, con el apoyo de su madre, estaban intrigando con el fin de conseguir los dos cargos más importantes bajo el liderazgo de Cristo en el Reino de Dios.

“Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos” (Mateo 20:24). Jesús tuvo entonces que corregir a los dos hermanos, reconciliar a los 12 discípulos y, al mismo tiempo, instruirlos a todos acerca del claro contraste entre el poder terrenal, carnal y secular, y el tipo de gobierno que él traería a la tierra cuando regresara para establecer su reino.

“Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (vv. 25-28).

Aquí Jesucristo les estaba enseñando a sus discípulos un importante principio cristiano: que gobernar es servir. Jesús mismo dio el ejemplo perfecto al ofrecer su vida por toda la humanidad.

Liderazgo al estilo romano

Esto marcaba un agudo contraste con el mundo que los rodeaba. Los discípulos vivían bajo el gobierno de los romanos, que había dominado a Judea desde hacía algunas décadas. Los discípulos habían tenido muchísimas oportunidades de ver cómo operaban los romanos. Su imperio no sólo podía ser déspota y cruel, sino que también era propenso a experimentar revueltas políticas en las esferas más altas del poder.

El Imperio Romano se había iniciado como república, con una clase gobernante aristócrata conocida como los patricios. Cuando Cristo nació ya no era una república, sino un imperio bajo el gobierno de Augusto César.

“Medio siglo antes, cuando era sólo un muchacho desconocido llamado Gayo Octavio, cuya madre era sobrina de Julio César, la moribunda República Romana había sido destrozada por una serie casi interminable de conflictos civiles fratricidas, encabezados por tiranos rivales y por demagogos despiadados como Pompeyo, Catilina, Craso y, por supuesto, por César mismo, todos los cuales trataban al Senado, cada vez más ineficaz y fraccionado —y supuestamente la autoridad suprema del país— con el desprecio que se merecía.

“En el año que ahora se conoce como 49 a.E.C. [antes de la Era Común], César había emergido triunfante, transformando su gobierno de las legiones occidentales en una dictadura civil.

“Desgraciadamente, el noble Julio unió sus incomparables habilidades políticas y militares a una pasmosa falta de tacto y a un abierto desprecio por las antiguas y respetadas normas del gobierno republicano. Eso provocó su asesinato en el año 44 a.E.C., perpetrado por un grupo de aristócratas reaccionarios que temían que César, después de haber sido nombrado como dictador perpetuo por el Senado, intentara establecer una monarquía absoluta a la manera de un potentado oriental” (William Klingaman, *The First Century* [“El primer siglo”], 1986, p. 20).

Pero ellos fracasaron rotundamente en su intento por salvar la república, “porque 17 años más tarde Augusto, el sobrino nieto de

César, se convirtió en emperador de Roma. Los siguientes cuatro emperadores también pertenecieron a la familia de los césares, y el nombre imperial adquirió tanto prestigio que de allí en adelante se adoptó como un título de honor que sobrevivió hasta la primera guerra mundial (1914-1918) en la designación oficial de *káiser* dada a los gobernantes alemanes y austríacos, y hasta 1946 en el título del *zar* de Bulgaria” (*The Book of Knowledge* [“El libro del saber”], 2:163).

¡El Imperio Romano, bajo los césares, sentó un precedente en la historia europea que ha continuado hasta los tiempos modernos!

“Para sorpresa de casi todos los romanos, Octavio, de sólo 19 años, y que había estado trabajando como oficial directamente bajo César, fue nombrado como el único heredero en el testamento del gobernante. Quienes se burlaron del súbito nombramiento de un muchacho sin experiencia a un cargo tan importante, descubrieron con temor que Octavio era un joven excepcionalmente severo, astuto, frío y ambicioso, y con abundantes rasgos de crueldad en su carácter”.

Para el año 31 a.E.C. “Octavio había surgido como el único gobernante del mundo romano. La antigua república había muerto, con todo su caos interno y las constantes disputas y conflictos privados entre los ricos y poderosos oligarcas, y muchos romanos ni siquiera guardaron luto por ello” (*ibidem*).

Cuatro imperios que conducen a Roma

Es muy interesante notar que las profecías de hacía 500 años acerca del Imperio Romano, la “cuarta bestia” del capítulo 7 de Daniel, reflejaron con mucha precisión los conflictos internos en las altas esferas del gobierno, la inestabilidad y las constantes luchas por el poder, en contraste con la primera bestia, es decir, la Babilonia de Nabucodonosor. (Si desea más información sobre las cuatro bestias de Daniel 7, le recomendamos nuestro folleto gratuito *El Cercano Oriente en la profecía bíblica*.)

Las cuatro bestias de Daniel 7 corresponden a los cuatro imperios representados en la imagen de Daniel 2. En ese capítulo Daniel le recordó al rey Nabucodonosor su sueño, en el cual había visto una gran imagen.

“Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus



Los cuatro grandes imperios que dominarían al mundo fueron representados en la imagen que vio el rey Nabucodonosor de Babilonia. El cuarto reino, el Imperio Romano, sería “fuerte como hierro” (Daniel 2:40).

Pablo Loyza

brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó” (Daniel 2:31-34). Este versículo concluye con la venida del Reino de Dios (ver también los vv. 44-45).

Daniel lo explicó así a Nabucodonosor: “Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo” (vv. 37-40).

En esta visión se describe una sucesión de metales cuya calidad va disminuyendo, lo que denota una degeneración progresiva de un imperio al siguiente. Desde luego, ninguno de esos imperios fue justo, pero Dios representó a Nabucodonosor como la cabeza de oro, el más valioso de los metales mencionados. Los estudiosos Jamieson, Fausset y Brown lo explican de esta manera en el *Comentario exegético y explicativo de la Biblia*: “Los metales bajan en su gravedad específica, en la medida que descienden; la plata no es tan pesada como el oro, el bronce no es tan pesado como la plata, y el hierro no es tan pesado como el bronce, estando arreglados en este orden, al revés de su estabilidad” (comentario sobre Daniel 2:32).

El imperio de Nabucodonosor fue extremadamente poderoso; él ejercía poder absoluto. Vemos esto en Daniel 5:18-19: “El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad. Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba”.

El segundo imperio, el de Persia, tenía un sistema de gobierno más confuso, y el poder que el rey ejercía sobre sus príncipes era limitado.

“Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle. Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sepas, oh rey, que es la ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado”

(Daniel 6:14-15). Por más que lo deseó, el rey no pudo librar a Daniel de la conspiración de los príncipes.

El tercer imperio, Grecia, tenía una estructura aún más débil, como resultado de la muerte prematura de su fundador Alejandro Magno. Después de su muerte en el año 323 a.C., su extenso imperio fue dividido entre sus cuatro generales. “Tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio” (Daniel 7:6).

“Fuerte como hierro”

Finalmente, el cuarto reino, el Imperio Romano, sería “fuerte como hierro” (Daniel 2:40). “El hierro es más fuerte que el bronce, pero en otros aspectos es inferior; así Roma, sana y fuerte para hollar las naciones, pero menos regia, mostraba su principal deterioración en su último estado” (Jamieson, Fausset y Brown, comentario sobre Daniel 2:32).

También debe notarse que cada uno de los imperios incorporó a su predecesor. En Daniel 5:28 el profeta le dice a Belsasar, el último rey de Babilonia: “Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas”.

“La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino” (vv. 30-31).

El Imperio Romano pudo haber tenido graves debilidades en su estructura gubernamental, pero llegaría a ser el imperio más grande de la historia, no siendo superado hasta casi dos milenios más tarde por el Imperio Británico. También fue el que más tiempo duró. Después de su caída, era tan envidiado que los intentos por resucitarlo se han prolongado hasta nuestros tiempos modernos. No sólo sobreviviría el título de *césar* entre los káiseres y los zares de diferentes naciones europeas, sino que también su sistema de gobierno, sus creencias religiosas y hasta la influencia de su idioma sobreviven hasta el día de hoy.

Roma marcó la pauta, como veremos en los siguientes artículos de esta serie. **BN**

Lectura suplementaria

Las profecías de la Biblia nos anuncian que antes de que Dios intervenga en los asuntos del hombre, van a ocurrir ciertos acontecimientos cataclísmicos. Todas estas profecías se cumplirán en algún momento. La gran incógnita es ¿cuándo?

En el folleto *¿Estamos viviendo en los últimos días?* analizamos lo que Jesús, los apóstoles y los profetas dijeron acerca del tiempo del fin.

Si usted desea recibir este folleto, sin costo ni obligación de su parte, sólo tiene que solicitarlo a nuestra dirección más cercana a su domicilio. O si lo prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.



www.LasBuenasNoticias.org



Bondad: El carácter de Dios y el potencial del hombre

El fruto espiritual de la bondad le permite al hombre pecador hacer el bien y ser bueno: bueno en el verdadero sentido de la palabra. La bondad, después de todo, es la esencia de la naturaleza de Dios.

Por Donald Hooser

¿Tiene usted una lucha espiritual interna? Si es así, esto es una buena señal. Es señal de que usted busca lo bueno, lo que hace que la maldad de la naturaleza humana ofrezca resistencia.

Sí, según la Biblia, la maldad es algo natural (Romanos 8:7). La bondad no. Pero Dios tiene un plan maravilloso en el que ha dispuesto ¡transformar radicalmente nuestro carácter!

Aunque nuestra inclinación natural es desafiar a Dios por el pecado, él ha decidido ayudarnos a vencer esta naturaleza para que vivamos una vida de rectitud y bondad. Esto es posible sólo por medio de una relación con él. Como lo explicó el apóstol Juan: “El que hace lo bueno [como forma de vida] es de Dios; pero el que hace lo malo [como forma de vida], no ha visto a Dios [es decir, no lo ha llegado a conocer realmente]” (3 Juan 11).

Juan también explicó que los que realmente son de Dios tienen a Dios viviendo en ellos por medio del Espíritu Santo: “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu” (1 Juan 4:13).

Pablo explicó a los creyentes que el carácter perfecto, el carácter amoroso de Dios, es “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Podemos recibir el don del Espíritu Santo por medio de la fe, el arrepentimiento, el bautismo en agua y la imposición de manos por parte de un siervo de Dios (Hechos 2:38, 41; 8:14-17).

Cuando el Espíritu de Dios ya está obrando en nosotros, esto produce el maravilloso fruto del Espíritu: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, *bondad*, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Esta combinación perfecta de virtudes refleja la totalidad del carácter de Dios.

Bondad: parte de la naturaleza de Dios

En la Biblia, la bondad de Dios con frecuencia se refiere a su gran generosidad por medio de la cual provee a la humanidad abun-

dantemente para todas sus necesidades (Salmos 23:6; 65:11). También se puede referir a la generosa misericordia y paciencia de Dios que conceden a los pecadores más tiempo para que se arrepientan (Romanos 2:4).

Pero la bondad de Dios es mucho más que estas cosas. *Es la esencia misma de la naturaleza de Dios*: su justicia y santidad. En Efesios 5:9 vemos que su bondad está asociada estrechamente con la *rectitud* y la *verdad*.

En la medida en que tengamos la bondad de Dios, tendremos semejanza a Dios.

La Biblia nos da toda “la instrucción en justicia” de Dios (2 Timoteo 3:16). ¡Debemos valorarla y leerla más que cualquier otro libro o fuente de información! Sólo por medio de ella podremos aprender a ser como Dios.

Dios resume sus parámetros de bondad en los Diez Mandamientos. En Salmos 119:172 se nos dice que todos los mandamientos de Dios son (o definen) la *justicia*. Dios pretende que ellos sean los guías de nuestra vida.

Enfoquémonos ahora en cómo la bondad bíblica describe lo que uno *hace* y lo que *es*.

Debemos hacer el bien

Jesús quiere que sus discípulos “lleven mucho fruto” (Juan 15:8). Llevar fruto es algo que requiere *acción*: que sabiendo lo que es correcto hacer, también lo hagamos. Como Santiago escribió: “*Sed hacedores de la palabra*” (Santiago 1:22). Simplemente abstenerse del mal y *no hacer nada* no es suficiente.

Jesús “anduvo haciendo el bien” (Hechos 10:38, Nueva Versión Internacional). ¡Nosotros también debemos hacer lo mismo! En Gálatas 5:13 se nos exhorta: “*Servíos por amor los unos a los otros*”. La parábola de Jesús acerca de las ovejas y los cabritos nos revela que Dios sabe qué tanto lo amamos por cuánto amor desinteresado demostramos por nuestros semejantes (Mateo 25:31-46).

Entre las buenas obras se incluye *obedecer las leyes de Dios*. Dios da su Espíritu Santo a “los que le obedecen” (Hechos 5:32). Esto no significa que podamos *ganarnos* la salvación por medio de la obediencia.

Somos salvos por la gracia de Dios, que es “el regalo de Dios” (Efesios 2:8, NVI). Sin embargo, hemos sido “creados en Cristo Jesús *para buenas obras*” (v. 10).

Aquel que ama a Dios demostrará alegremente ese amor guardando sus mandamientos (1 Juan 5:3; 2 Juan 6).

Se requiere de valor para obedecer a Dios, porque esto con frecuencia trae persecución: “Pero si cuando hacen lo bueno sufren por ello y lo soportan con paciencia”, Dios ciertamente los bendecirá (1 Pedro 2:20, Nueva Biblia de los Hispanos; comparar con Mateo 5:10).

Cristo dijo que deberíamos *hacer el bien a todos*, ¡inclusive a nuestros *enemigos*! “Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian” (Lucas 6:27-28).

Más adelante dijo: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo” (vv. 32-33).

Hacer el bien a alguien que también le hace bien a uno, como Jesús lo señaló, no es pura bondad. Es simplemente dos personas que intercambian favores, lo que en parte puede ser egoísta. ¡La norma de Dios es la más excelsa!

Hay un pasaje muy inspirador que debemos recordar: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, *hagamos bien a todos*, y mayormente a los de la familia de la fe [los demás creyentes]” (Gálatas 6:9-10).

Nuestro corazón debe estar acorde con nuestras acciones

Dios está tan interesado en nuestros *corazones* como en nuestras acciones. Santiago les escribió a los primeros cristianos: “Pecadores, limpiad las manos [acciones]; y vosotros los de doble ánimo [los que vacilan entre Dios y el mundo], purificad vuestros corazones [actitudes]” (Santiago 4:8).

Doble ánimo puede ser ambivalencia moral e hipocresía. Jesús odiaba la hipocresía, que es proyectar una falsa imagen y estar más preocupado por quedar bien ante los demás que en deshacerse del mal que hay dentro de nosotros (Mateo 23:25-28). Recordemos que nunca vamos a engañar a Dios.

“El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Romanos 12:9).

Para mantener una mente limpia, ¡protejámosla diligentemente! No debemos mirar o escuchar nada inmoral o cualquier cosa que vaya en contra de nuestra conciencia. Aun los *pequeños* pecados son como un veneno espiritual

ocupado de ver cómo muchos miembros de la iglesia habían sido engañados y desviados por enemigos espirituales. Uno de los enemigos de entonces, y también de ahora, es “este presente siglo malo”, que es la malvada influencia de la cultura en que vivimos (vv. 3-5), en la cual “a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo” (Isaías 5:20).

La maldad es grande porque “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Por esto necesitamos la protección espiritual que Pablo menciona como “toda la armadura de Dios” (Efesios 6:10-20).

Entre los enemigos espirituales están tam-

Es una lista bastante desagradable, ¿no es cierto? Sólo hay una fuerza capaz de vencer la naturaleza humana: el poder del Espíritu de Dios y el fruto que éste produce (vv. 22-23).

Aunque la clave para vencer es el poder del Espíritu de Dios, nosotros también tenemos que hacer nuestra parte. Pablo dijo: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (v. 16; ver también el v. 25). Mientras usted tenga acceso al Espíritu de Dios, *¡manténgase firme en él, úselo, camine, siga adelante!* Caminar con Dios incluye, por supuesto, *hablar con Dios en oración* de una forma regular.

En el versículo 17 Pablo describe la batalla espiritual que surge cada vez que uno trata de seguir la guía del Espíritu Santo: “Porque ésta [la naturaleza pecaminosa] desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren” (NVI). Si desea entender más, puede leer acerca de la lucha personal de Pablo en Romanos 7.

Es necesario tener muy clara la meta final de esta guerra espiritual: que llevemos “*cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*” (2 Corintios 10:4-5).

Cuando usted empieza a experimentar esta batalla interior, es una buena señal. Significa que está tratando de salir del pecado, algo parecido a cuando Moisés y los israelitas estaban tratando de dejar a Egipto. ¿Recuerda cómo el faraón se opuso obstinadamente a ellos, tratando de mantenerlos en esclavitud? Esto es una muestra de la forma en que Satanás, el

mundo y nuestra propia naturaleza humana tratarán de derrotarnos. ¡No debemos permitir que lo logren!

En la epístola que Pablo escribió a la iglesia en Roma, dijo: “Pero estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis *llenos de bondad*” (Romanos 15:14). Que usted también pueda luchar por un crecimiento espiritual de tal forma que algún día se diga de usted: *Está lleno de bondad*.

Las personas hablan de una vida de comodidad y bienestar como la “buena vida”. Pero vivir una vida cerca de Dios, con todos los beneficios que él nos ofrece, *¡es realmente la buena vida!* Permita que Dios cultive en usted el buen fruto de la bondad. Y que esto le lleve a la dádiva de la vida eterna. *¡No hay nada mejor!* **BN**



Dios sabe qué tanto lo amamos por cuánto amor desinteresado demostramos por nuestros semejantes.

que contamina, infecta y se disemina como si fuera un cáncer (Santiago 1:14-15; 2 Timoteo 2:17; Gálatas 5:9). Un pecado lleva a otro.

Tener un corazón puro implica tener *motivos correctos*. Pablo dijo que si él hiciera cosas buenas, pero sin *amor*, de nada le serviría (1 Corintios 13:3). Hacer buenas obras para impresionar a otros no trae ninguna recompensa de Dios (Mateo 6:1-4). Pero cuando nuestra intención y motivo es “glorificar a vuestro Padre que está en los cielos”, en lugar de nosotros mismos, el hacer buenas obras que otros puedan ver es parte de ser “la luz del mundo” (Mateo 5:14-16).

Nuestra guerra espiritual

Pablo escribió a las iglesias de Galacia (Gálatas 1:1-2) porque estaba atónito y pre-

bién los falsos maestros (Gálatas 1:6-9; 3:1). Debemos ser muy cautelosos en cuanto a las personas que escuchamos.

Por lo general, sin embargo, *nosotros mismos* somos nuestro peor enemigo. Pablo con frecuencia advirtió acerca de “la carne”, que en realidad son los impulsos decadentes de nuestra naturaleza humana, egoísta y destructiva.

Por ejemplo, él afirmó: “Las obras [tendencias y tentaciones] de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas. Les advierto ahora, como antes lo hice, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-21, NVI).

¿Qué significa creer en Jesús?

Por David Treybig

Muchas personas afirman creer en Jesucristo, pero su creencia no concuerda con lo que enseña la Biblia. ¿Cómo puede usted saber si su fe en él es genuina?

Todo el Nuevo Testamento nos exhorta a creer en Jesucristo. El conocido versículo de Juan 3:16 explica que Dios amó al mundo y dio a su Hijo para que “todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Otros pasajes bíblicos prometen que aquellos que creen en Jesús recibirán el perdón de sus pecados (Hechos 10:43) y la salvación (Romanos 1:16). Sin lugar a dudas, creer en Jesús es *muy* importante.

En reconocimiento de estas instrucciones, a muchos se les ha dicho que lo único que necesitan hacer es creer en Jesús para recibir el beneficio de todas sus bendiciones prometidas. Pero lo que muchos no entienden es lo que en realidad Jesús y los escritores del Nuevo Testamento quisieron decir cuando se refirieron a “*creer*”. La gran mayoría de quienes hoy en día afirman ser cristianos suponen que

esta palabra significa simplemente reconocer a Jesús como el Salvador.

Muchos maestros bien intencionados, pero equivocados, han dicho que la creencia en Jesús no exige nada más. Su razonamiento es que si esta fe va acompañada de obras, la persona está tratando de *ganarse* la salvación, algo que es imposible hacer (Gálatas 2:16). De hecho, es por gracia, es decir, por el favor de Dios para con nosotros, incluyendo su don del perdón inmerecido y gratuito, que somos salvos (2 Timoteo 1:9; Efesios 2:5, 8).

Pero si no se requieren obras, ¿significa esto que si alguien que cree que Dios existe y que Jesús es su Hijo y por lo tanto está dispuesto a recibir todas las promesas de Dios, no necesita hacer nada más? ¿Significa que tal persona puede vivir una vida de inmoralidad sexual, mentira, robo, asesinato y quebrantamiento de todos los mandamien-

tos de Dios, y aun así recibir la vida eterna?

Los seres humanos han luchado por muchísimo tiempo para entender la relación entre la fe en Jesús y las buenas obras. Abundan las opiniones e interpretaciones humanas. Dejemos éstas a un lado y veamos cómo Jesús y los escritores del Nuevo Testamento explican lo que verdaderamente significa creer en Jesús.

Creer significa aceptar todas las enseñanzas de Jesús

Después de alimentar milagrosamente a 5000 hombres, además de muchas mujeres y niños, con cinco panes y dos pequeños peces, los discípulos recogieron 12 canastas llenas de la comida que sobró (Juan 6:5-13). “Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Éste verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo” (v. 14), una referencia al gran sucesor de Moisés profetizado en las Escrituras. Estos hombres creían que Jesús verdaderamente era de Dios.

Después que Jesús se alejó de allí, muchos de aquellos que habían disfrutado la milagrosa comida empezaron a buscarlo. Querían que Jesús hiciera otro milagro, diciendo que esto les ayudaría a creerle (v. 30).

Pero entonces, en lugar de efectuar otro milagro, Jesús instruyó a la gente. Explicó que, contrariamente al pan físico que la multitud había comido, él era el verdadero pan del cielo que daría vida al mundo entero (vv. 32-33).

Les dijo también: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (v. 53). Con esto se refería a los símbolos del pan y el vino en el servicio anual de la Pascua, interiorizando su significado y afirmando la relación de pacto que sus seguidores tienen con él. Esto culminaría finalmente con la vida eterna (v. 54).

Para muchos de los que escuchaban a Jesús, incluidos sus propios discípulos, les fue difícil entender esta enseñanza (v. 60). Dirigiéndose a esta gran multitud, Jesús procedió a decir: “Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién lo había de entregar”. Después de esto, “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (vv. 64, 66).

Aunque muchas de esas mismas personas habían dicho que creían que Jesús era “el profeta” cuya venida había sido predicha en las Escrituras (v. 14), no creyeron lo que Jesús dijo. Cuando Jesús habló de tener fe en él, *incluyó creer todo lo que él decía*. Esto



Cuando estudiamos las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos, es muy evidente que cuando ellos dijeron que debemos creer en Cristo, lo hicieron con la premisa de que la creencia en él comprendía el bautismo.

significaba muchísimo más que la simple aceptación de los dones gratuitos que él estaba ofreciendo.

Crear significa tener la convicción de obedecer

Una de las muchas tradiciones de los judíos durante el primer siglo consistía en lavarse las manos de manera muy cuidadosa y particular antes de consumir alimento. Al observar que algunos de los discípulos de Jesús habían empezado a comer sin seguir esta meticulosa ceremonia, algunos de los fariseos y escribas expresaron su descontento y le preguntaron a Jesús por qué sus discípulos no habían llevado a cabo ese rito (Marcos 7:1-5).

Jesús les dijo que eran hipócritas por hacer tal pregunta, y declaró que estas palabras del Antiguo Testamento se aplicaban a ellos: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (vv. 6-7).

Continuando, Jesús dijo: “Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: el lavamiento de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes . . . Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (vv. 8-9).

Hoy en día también hay muchos que afirman creer en Jesús pero que siguen los mandamientos de los hombres y no los de Dios. Por ejemplo, en lugar de congregarse para adorar a Dios en el verdadero día de reposo bíblico (desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado) y en las fiestas bíblicas anuales, como Dios lo ordena, adoran en domingo y en días festivos cuyo

origen se remonta a cultos religiosos paganos, entre ellos la Navidad y la Pascua Florida.

En su famoso Sermón del Monte, Jesús dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: *Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*” (Mateo 7:21-23).

Al acoger la enseñanza *correcta* de que es imposible ganar nuestra salvación mediante las obras, muchos han adoptado inocentemente la enseñanza *errónea* de que guardar los mandamientos de Dios no tiene importancia. Las propias palabras de Jesús muestran claramente que él espera que los creyentes rechacen los mandamientos de hombres y guarden los de Dios, aunque esta obediencia no los hace merecedores de la salvación.

Crear significa decidir bautizarse

Una de las ideas más populares entre algunos cristianos profesantes es que el bautismo no es necesario porque todo lo que uno tiene que hacer es aceptar a Jesucristo en su corazón. Al respecto, algunos citan Romanos 10:9, que dice: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”.

Nuevamente surge el tema: ¿qué significa “creer en el corazón”? Y una vez más, en vez de dejar que otros definan lo que constituye “creer”, veamos lo que dijo Jesús.

Al darles instrucciones a sus discípulos acerca de la obra que llevarían a cabo después

de su regreso al cielo, Jesús les dijo llanamente: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. *El que creyere y fuere bautizado*, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:15-16)

Jesús enseñó claramente que la fe genuina en él iría acompañada del *bautismo*. Otros versículos nos muestran que el bautismo incluye *arrepentimiento*, es decir, el cambio de un estilo de vida pecaminoso a uno de obediencia a las leyes de Dios (Mateo 4:17; Hechos 2:38).

Cuando estudiamos las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos, es muy evidente que cuando ellos dijeron que debemos creer en Cristo, lo hicieron con la premisa de que la creencia en él comprendía el bautismo. El bautismo es un símbolo externo de la nueva vida de una persona, basada en el cambio de *quebrantar* las leyes de Dios a *obedecer* las leyes de Dios.

La idea de que uno puede creer en Jesús sin obedecer sus instrucciones, sin guardar los mandamientos y sin ser bautizado, es una perspectiva común pero incorrecta desde el punto de vista bíblico. Jesús se refirió a esta misma falacia a comienzos de su ministerio, preguntando: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46).

Por el contrario, él dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:8). La verdadera creencia en Cristo no es una experiencia pasiva. ¡Los discípulos de Jesús ponen en práctica las enseñanzas de su Maestro!

Cuando se trata de decidir lo que significa creer en Jesucristo, ¿por qué no creer y poner por obra lo que Jesús mismo dijo? **BN**

Derrumban

Viene de la página 11

Es Dios quien le ha dado a Estados Unidos su territorio, su riqueza, sus recursos y su posición como una superpotencia. Pero Dios también tiene el poder para remover todo esto; de hecho, la profecía bíblica nos revela que *esto es precisamente lo que hará*.

¿Qué debería hacer usted?

Estados Unidos se dirige hacia la debacle nacional. La profecía bíblica nos anuncia lo que va a ocurrir y cada vez las señales son más evidentes.

Pero Estados Unidos no estará solo. Tarde o temprano, todas las naciones e imperios de esta tierra se van a derrumbar. Dios reveló por medio del profeta Daniel que esto es lo que va a ocurrir: “El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido . . . desmenuzará y consumirá a todos estos rei-

nos [del tiempo del fin], pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Nadie sabe exactamente cuándo va a ocurrir este clímax final de la era del hombre. Jesús dijo: “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mateo 25:13). Él, sin embargo, explicó que podemos saber cuando está cerca ese momento.

Por otra parte, aunque no podamos saber el momento exacto en que Cristo vendrá, él nos insta con toda urgencia a *estar listos espiritualmente*. La Biblia tiene muchas advertencias que nos exhortan para que atendamos y vivamos de acuerdo con los principios divinos. Usted puede conducir su vida moral y familiar de acuerdo con la palabra de Dios. La Biblia abunda en leyes y ejemplos que nos instruyen acerca de cómo debemos conducirnos como cónyuges y padres.

Si es usted padre o madre, se haya casado o no, puede buscar en la palabra de Dios y encontrar instrucción sobre cómo encabezar

bien la familia y dar a sus hijos un ejemplo digno de imitar. Al actuar así, usted aumenta las posibilidades de que ellos decidan vivir una vida también dedicada a Dios. Aunque no lo hagan así, usted será recompensado con la entrada al Reino de Dios. “El que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:8).

Si usted no ha conocido o ha hecho caso omiso de los mandamientos de Dios con respecto al matrimonio, puede comenzar a cambiar eso de inmediato. Aunque la vida familiar en la nación a su alrededor se esté degenerando, *usted puede ser diferente*. Puede aprender y practicar la moralidad a partir de este momento, a pesar de los errores que haya podido cometer en el pasado.

Usted puede tomar estas decisiones. Dios le ha dado libre albedrío, y él desea que lo utilice para tomar decisiones sabias y cosechar los beneficios que se derivan de ello. ¿Qué va a hacer entonces? **BN**

'Angosto es el camino que lleva a la vida...'



© 1994 PhotoDisc, Inc.

Jesús dijo: "Entrad por la puerta estrecha . . . porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mateo 7:13-14). Sin embargo, ¡usted puede hallarla y puede heredar la vida eterna en el Reino de Dios!

¿Sabe usted en qué consiste el verdadero arrepentimiento? ¿Cuál es el significado del bautismo? ¿Se debe bautizar a los niños? ¿Cómo podemos recibir el Espíritu de Dios? ¿Debemos desear el bautismo en fuego? ¿Abrogó Jesús la ley de Dios, o la amplió?

Tal parece que la mayoría de los grupos religiosos tienen fuertes discrepancias sobre estos y otros temas; no obstante, las Escrituras nos dan las respuestas claras e irrefutables. Nuestro folleto *El camino hacia la vida eterna* le ayudará a encontrarlas en las páginas de su propia Biblia.

Si usted desea recibir un ejemplar gratuito de este folleto, sin costo ni obligación de su parte, sólo tiene que solicitarlo a nuestra dirección más cercana a su domicilio; o si lo prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.



Iglesia de Dios Unida
una Asociación Internacional
www.LasBuenasNoticias.org